

Las ciencias sociales y las humanidades en la reunión *Ciencia y humanismo*

Carlos Martínez Assad



El conocimiento como impulsor del desarrollo económico y social y como un bien público, el multiculturalismo, la diversidad étnica, la heterogeneidad de los grupos sociales, entre otros, son aspectos que necesariamente tendrán que reconocerse y considerarse por los constructores de un México moderno.

La Academia Mexicana de Ciencias convocó a la reunión general *Ciencia y humanismo*, que se desarrolló entre el 18 y 20 de enero de 2012. Reunidos en varias ocasiones por su presidente, el doctor Arturo Menchaca Rocha (2010-2012), los coordinadores de cada sección, de las once que integran al organismo, sesionaron durante varios meses para organizar un evento que se vislumbró como algo irrepetible. Lo fue por la participación de investigadores de diferentes áreas del conocimiento. El programa final incluyó a 130 expositores, de los cuales 96 por ciento fueron mexicanos procedentes prácticamente de todas las regiones del país.

Las áreas de Ciencias Sociales y de Humanidades tomaron la decisión de sesionar juntas, y apenas hubo cabida para una veintena de investigadores en los cuatro simposios disponibles.

La conferencia plenaria fue solicitada al doctor Pablo González Casanova, por sus méritos en el ámbito de las ciencias sociales. Eligió para el caso la conferencia: *Las ciencias de la complejidad y las luchas en el mundo actual*. Desarrolló un tratado sobre las dificultades de las sociedades actuales y las formas de abordaje de la investigación para, siempre desde una perspectiva crítica, mencionar los logros y los alcances de las disciplinas con el fin de incidir en la solución de los problemas de las sociedades modernas globalizadas e insertas en el mundo de los cambios tecnológicos y del uso de Internet. Su visión optimista no dejó de señalar los pesimismo





de nuestra época, y la esperanza de las luchas sociales por un mundo mejor.

En el primer simposio, *Retos y compromisos de las ciencias sociales y humanidades*, Jorge Enrique Linares Salgado, Martín Carlos Puchet y Salvador Jara Guerrero coincidieron en la búsqueda de las relaciones entre ciencias y humanismo, cuestionándose el primero sobre la necesidad de una ética para el desarrollo de la investigación que el primero llamó *tecnocientífica*. Se refirió a los riesgos y la tensión sobre los beneficios y los perjuicios de las innovaciones. Por su parte, Diego Valadés expuso sobre los vínculos de las ciencias y las leyes en las sociedades modernas y del conocimiento. En un amplio y bien documentado trabajo aludió a las constituciones que con mayor amplitud han establecido normas para la investigación. Entre ellas destacó las de Brasil, Ecuador, Vietnam y la de la Unión Europea. En su presentación señaló igualmente a los países que generan más investigación, entre ellos –previsiblemente– Alemania, Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña y Japón, sin que sus constituciones pongan demasiado énfasis en el asunto. Y en un trabajo que apunta al sugerente análisis comparativo, logró establecer que la libertad de investigación apenas se expresa en 34 constituciones, algunas de ellas con excepciones y matices. Asimismo, hay los países que se interesan en las previsiones y en programas de impulso a la investigación, y



es interesante que México no puntee entre las constituciones con mayor interés en los asuntos de la ciencia y la tecnología, por lo que el autor contribuyó con una propuesta de lo que debía considerar en esos rubros una reforma constitucional que dé prioridad a la investigación sobre innovación y desarrollo. Esto contrasta con la constitución de la Unión Europea, que establece diferentes normas encaminadas en ese sentido.

El simposio *Multiculturalismo y sociedad del conocimiento* se inició con la ponencia de León Olivé, quien enfatizó la necesidad de considerar los conocimientos como impulsores del desarrollo económico y social. Para ello propuso una ampliación del concepto de “sociedad del conocimiento” porque en la esencia del impulso al desarrollo científico y tecnológico está la promoción de su apropiación por la sociedad. Por ello consideró que la promoción de conocimientos debe fundamentarse en la justicia, la pluralidad y el sentido democrático de la generación de conocimiento.

Por su parte, Rodolfo Stavenhagen aludió al multiculturalismo y los desafíos en las sociedades actuales, caracterizadas por la diversidad cultural y las diferencias que son producto de dinámicas históricas. Así, contra el nacionalismo que exigía la homogenización de grupos sociales heterogéneos, se impuso el reconocimiento a la diversidad, no considerada por los constructores del México moderno. El autor recurrió a varios asuntos necesariamente vinculados con esa problemática general: la reforma agraria, la política indigenista y la educación pública. Temas presentes a lo largo de nuestra historia que se enfrentan al imperativo ético que ha declarado la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) sobre el respeto a la diversidad cultural. Con un enfoque crítico, el autor hizo sentir la necesidad que en el mundo tiene la puesta en práctica de esa diversidad, reconocida ya en varios puntos del planeta, con todos los problemas que encierra y que deben superarse.

En un sentido semejante, Gilberto Giménez explicó los nuevos paradigmas de multiculturalidad y interculturalidad surgidos de la discusión teórica de las últimas décadas para explicar las dinámicas sociales. El primero, explicó, “es un modelo de política pública y una propuesta de organización social” por el cual se reconoce y promueve el pluralismo cultural, mientras que

el segundo se da por la “comunicación entre portadores de diferentes culturas” con el fin de establecer una “relación dinámica” que se expresará en lo intercultural voluntario o en lo intercultural fáctico. Ésos son los paradigmas para explicar las sociedades actuales, donde conviven grupos culturales diferenciados que en ocasiones mezclan sus elementos, cuando no se da el rechazo, estableciéndose modalidades de interculturación, hibridación o transculturación. Lo importante es que de esos dos paradigmas se debe pasar a los derechos culturales. De acuerdo con la UNESCO, los derechos de los individuos a “pertenecer a una cultura” y a “disfrutar de la cultura” se han incorporado en múltiples instrumentos internacionales.

Y en la cuestión de los derechos, esa ponencia se unió con la de Esteban Krotz sobre la búsqueda de una sociedad “realmente humana”, que sume los diferentes marcos culturales y civilizatorios que se debaten en toda América Latina y en el mundo. También atravesado por el multiculturalismo se encuentra el trabajo presentado por Judith Bokser Liwerant, quien abordó desde la memoria y la historia el concepto de las identidades en su planteamiento sobre la alteridad. Se trata de la emergencia del *otro*, resultado de “una interacción existente o bien de una percepción que la precede”. Porque de lo que se trata es de entender la reelaboración del significado de la percepción sobre la inmigración de judíos a México en la década de 1940. Entonces, el país dio una franca acogida a los perseguidos europeos, la cual se había iniciado cuando, durante el cardenismo, muchos españoles y en particular los niños de la República encontraron en México su segundo hogar. No obstante, hubo política de excepción para los judíos en el marco de la trágica experiencia del Holocausto, durante la Segunda Guerra Mundial. Entonces se dio la paradoja de que esa excepcionalidad condujo al reforzamiento de la alteridad de los judíos. Algo que continuó con la creación del Estado de Israel y la partición de Palestina, sobre la cual México se abstuvo en la votación en la Organización de las Naciones Unidas. México insistió en la simpatía que guardaba tanto para los judíos como para los árabes, particularmente libaneses y sirios, que habían inmigrado al país. Hubo, según la autora, una bifurcación de las referencias de alteridad. Aunque, en las décadas siguientes, otras experiencias

de nuevos ingresos confirmaron la solidaridad y el carácter progresista de las acciones de las autoridades mexicanas hacia los inmigrantes de otros pueblos.

Y en el refuerzo de esa memoria acude el texto de Mari Carmen Serra Puche sobre el exilio español para precisar algunas cuestiones de la percepción que ha prevalecido, que reduce el exilio a un grupo compuesto principalmente por intelectuales, sobre lo que se ha insistido con suficiencia. Así, la autora se refirió a cómo la guerra civil en España expulsó también a un grupo mayoritario compuesto por industriales, técnicos, obreros e incluso algunos campesinos. Es cierto, como ella afirmó con suficiente información, que muchos de esos inmigrantes alentaron la vida académica y artística, con impacto en las instituciones más representativas del país, como la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Ese aspecto se liga con el trabajo sobre las redes intelectuales del exilio, de Carlos Illades, quien vincula el exilio español con el latinoamericano, más de tres décadas después, por su gran impacto en las ciencias, las artes y las humanidades. Para ello, sigue el desarrollo de quienes se agruparon en un asunto muy concreto: la creación de la revista *Cuadernos políticos*, que publicó Ediciones Era entre 1974 y 1990. Esta publicación acogió en sus páginas tanto a inmigrantes recientes como a los del pasado inmediato, conformando un





“grupo bastante homogéneo”, en el cual coincidieron con destacados intelectuales mexicanos, lo que dio como resultado una opción de izquierda heredera del movimiento estudiantil de 1968.

Es por eso importante la conclusión de Illades: “*Cuadernos políticos*, como otras revistas teórico-políticas de la época, contribuyó significativamente tanto a la discusión pública como al desarrollo de la ciencias sociales mexicanas.” Y es que en la revista tuvieron un papel relevante reconocidos académicos de la UNAM y de otras instituciones educativas y culturales del país.

Es así pertinente la pregunta de Clara Inés Ramírez González, quien inició su texto con la pregunta: “¿Qué puede hacer la historia ante los grandes problemas del México de hoy?” Para responder propuso considerar las nuevas situaciones para realizar un diálogo entre el pasado y el presente a través de la investigación como disciplina, porque es difícil asumir una postura ante la violencia y el crimen, los problemas más acuciosos de nuestra sociedad en la actualidad.

Desde la perspectiva de la ciencia de la historia ya se había expresado Javier Garciadiego con el uso de la metodología que ha dado sentido a la disciplina y, en particular, el uso del positivismo como la teoría que enmarcó a ese saber desde el siglo XIX. Como acucioso investigador, él mismo ha hecho aplicación empírica para llegar a formulaciones que han contribuido a la formación de una nueva historiografía en el país, tal como lo señaló al abordar un amplio abanico de problemas de la historia a través de su propio quehacer.

También aportó a la comprensión del laicismo y de la secularización la ponencia de Roberto Blancarte, especialista en religiones y en los cambios de pensamiento que permitieron avanzar al país en diferentes momentos de su historia. Sólo así puede entenderse el proceso de modernización iniciado hace más de dos siglos. Es por eso que la sociedad nacional puede vivir en la pluralidad y la diversidad religiosa, pese a ser México un país fundamentalmente católico.

El fenómeno migratorio de mexicanos hacia Estados Unidos también forma parte de este repertorio de problemas, y es tratado –por cierto, en forma excelente– por Jorge Durand, quien se ha caracterizado por la formalidad con la que lo ha investigado. Para ello ha seguido a los actores sociales nacionales y a los políti-



cos tanto de este lado como del lado estadounidense, porque México ha vivido una encrucijada que ha marcado su historia pasada y presente. Durand considera que los flujos migratorios no son eternos, como lo prueba la migración que está teniendo lugar en Europa en lo que va del siglo XXI.

Asimismo, hay que considerar la migración con su doble cara de documentada e indocumentada. Esta última va decreciendo desde 2007, debido a los dife-





rentes problemas del mundo actual, como las crisis económicas. Así, después de 20 años, las políticas migratorias de Estados Unidos han comenzado a ser efectivas porque han logrado que el flujo migratorio se reduzca. El problema es que los migrantes deben enfrentar cada vez situaciones más difíciles, por la competencia y los saberes del mundo globalizado.

Resultó curioso que en la conferencia de Linda Manzanilla, ubicada en el apartado de *Multidisciplina*



—donde se propuso mostrar a la arqueología como puente entre las ciencias sociales y humanas y las ciencias exactas y naturales— y que trataba del remoto pasado prehispánico, aludiera a lo que parecen problemas de la época actual. Así, a través de sus estudios en Teotihuacán, mostró la existencia de una población multiétnica, lo que no parece tan alejado del multiculturalismo de la época actual. Esto se refuerza con los datos que muestran una población inmigrante que refiere a una convivencia de los nativos con el *otro*, aunque parezca exagerado el parafraseo.

Finalmente, otra conferencia de este mismo apartado referido al ámbito de las ciencias sociales fue la de Alicia Ziccardi, sobre la pobreza urbana. El tema, uno de los más graves que enfrentan las sociedades actuales, no podía quedar fuera de este recuento de las temáticas de ahora y siempre. Con un sólido aparato conceptual, la autora recurrió a las mediciones que permiten comparar las dimensiones que alcanza la pobreza en los países de América Latina y conocer las políticas públicas al respecto, principalmente en México.

Este tema no resulta muy distante del de la delincuencia y la narcoviolenencia, que trató en su momento Luis Astorga, quien demostró con datos la regionalización del problema que más aqueja y preocupa a la sociedad mexicana. Finalmente, hizo algunas propuestas para mitigar sus efectos, que requieren de especialización para su cabal puesta en práctica.

Igualmente cercano para las ciencias sociales resultó el simposio sobre la crisis del agua, coordinado por Blanca Elena Jiménez Cisneros, que aunque ubicado en el campo de la ingeniería, convocó a cuatro investigadores de las ciencias sociales. De las ponencias de Jacinta Palerm Viqueira, Luisa Paré Ouellet, Emma Zapata y Luis Aboites Aguilar se desprende que el diálogo entre las ciencias y el tratamiento de un mismo problema por una combinación de disciplinas es cada vez más necesario. Todos, a través de sus diferentes enfoques y estudios específicos, coincidieron en la importancia del recurso agua y su tratamiento, ya sea por los usos que le dan los pueblos a través de sus conocimientos específicos, o mediante las políticas públicas.

Ese conocimiento multidisciplinario de ruptura con las fronteras impuestas a las ciencias podría expresarse



igualmente al hablar de la crisis alimentaria, de la ganadería, el petróleo, el cambio climático o los sismos, por sólo mencionar algunos temas de los que más preocupan a nuestras sociedades. Ése es uno de los principales retos que enfrenta el conocimiento científico, y es claro que las fronteras entre las disciplinas pueden diluirse para trabajar de manera conjunta sobre estos nuevos desafíos.

Varias reflexiones se desprenden de este recordatorio de la reunión general *Ciencia y humanismo*:

1°. La necesidad del intercambio de saberes que se desprende del inmenso catálogo de problemas expuestos desde las diferentes especialidades científicas.

2°. El diálogo entre las diferentes ciencias no sólo debe ser escuchado, sino fomentado.

3°. Resulta difícil afirmar que las ciencias ocupen lugares tan específicos como para que no puedan relacionarse unas con otras.

4°. Aun cuando hay problemas específicos que probablemente sólo puedan ser tratados por las matemáticas, la biología, la economía o la sociología, los intercambios pueden enriquecer los conocimientos. Es importante, por ejemplo, la necesidad de recurrir a la historia cuando se estudia el cambio climático.

5°. Junto a la necesidad de lograr más recursos para la investigación científica, es claro que los existentes pueden dar excelentes resultados, como ya ha quedado manifiesto en el transcurso de este congreso, con todo y su sentido general. Más aún podrá hacerse cuando tengamos claridad de lo imperioso de estos intercambios.

6°. Las ausencias fueron notables, aunque imposibles de subsanar en un solo congreso. El tema de la enseñanza de la investigación o el vínculo con los posgrados no estuvo presente. Menos el referido a la educación elemental respecto a cómo interesar a los niños en las diferentes áreas del conocimiento. Tampoco fue posible incluir a investigadores de las artes y en particular de la literatura.

7°. Entre las posibles actividades de las secciones, quizás cabrían las reuniones que fomentaran los encuentros, y permitieran estar al tanto del estado de la cuestión en las disciplinas, donde podría tratarse la amplia gama de problemas de cada una de ellas, como la evaluación o el relevo generacional, al que tan poca atención se le ha dado.



8°. La reunión general *Ciencia y humanismo* demostró que la Academia Mexicana de Ciencias puede contribuir a orientar la investigación, y demuestra la importancia de los intercambios en reuniones de trabajo o encuentros más amplios, como éste que tuvo lugar entre el 18 y 20 de enero de 2012.

Carlos Martínez Assad es investigador emérito de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), investigador nacional emérito del Sistema Nacional de Investigadores (SNI), adscrito al Instituto de Investigaciones Sociales de la misma universidad. Es profesor del Colegio de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Sus libros más recientes son: *Rescate de San Agustín* (UNAM, 2012), *La Ciudad de México que el cine nos dejó* (Secretaría de Cultura, D.F., 2008) y *El Hotel Geneve. Testigo de la historia* (Grupo Carso, 2007). En 1991 recibió la Beca John Simon Guggenheim, y en 1997 el Premio Universidad Nacional en Investigación en Ciencias Sociales.

assad@unam.mx

